

religión ni moralidad. Dejemos pronunciar el juicio acerca de estos fariseos á Aquél que mostró su aborrecimiento á las máscaras religiosas, llamándolos: "serpientes y viboreznos.". El fariseísmo ilustrado de nuestra época, con su abigarrada religiosidad, nos trae, sin quererlo nosotros, á la memoria el dicho del P. Roh: "No; más vale ir á los infiernos en coche, que ser hipócritas.."

Vivimos en una época crítica y disputadora, y todas las cuestiones que la generación actual mantiene con febril excitación, vienen á reducirse á una sola, la cuestión religiosa. Nuestra época ha renunciado al concepto cristiano de Dios; esta es la razón por la cual va oculto entre los progresos materiales, con todos los bienes ideales de la humanidad, el desorden más abigarrado, y cada vez mayor, hasta un punto cuyas consecuencias nadie puede prever. La única cuestión es, y será, si el hijo pródigo se resuelve ó no á volver á la casa paterna, y caso de resolverse, cuando volverá. Cuanto más pronto, tanto mejor; cuanto más tarde, tanto peor para él.

OJEADA RETROSPECTIVA

745. Hemos tenido varias veces ocasión de observar, durante el curso de nuestro largo trabajo, cuánto les cuesta á los investigadores de las fuerzas naturales sorprender á la naturaleza sus secretos. De todo corazón reconocemos las luchas y adelantos de las ciencias naturales.

También hemos tenido ocasión de convencernos de que la ciencia de la naturaleza, en ninguno de los puntos en que nos da alguna profunda explicación del mundo y algún concepto de la vida, deja ver ni aun la más leve huella de oposición entre sus conclusiones y aquellas verdades íntimamente relacionadas con las verdades cristianas.

Si algunos sabios han levantado la bandera de la Filosofía en el campo de la naturaleza, y nos han mostrado en grandes rasgos un monismo científico-natural, esta conducta puede, en cierto modo, justificarse, porque es necesidad natural del hombre elevarse con el pensamiento sobre los fenómenos sensibles para representarse las últimas razones de las cosas como la norma de su vida práctica. Pero juntamente hay aquí un error de funestas consecuencias y un abuso criminal, porque estos hombres no se guían por la razón, sino se dejan llevar de la fantasía mal dirigida por la voluntad, haciendo prevalecer, en medio de un ruido ensordece-

dor, doctrinas que parecen científicas, pero que son enteramente injustificadas, las cuales ellos las han respirado en una atmósfera de odio contra Dios, procurando implantar—permítansenos la frase—en el repugnante pantano del materialismo, el monismo, fruto el más venenoso de todos los que el espíritu humano revuelto contra Dios ha engendrado en la Filosofía.

Si la mayor parte de los naturalistas procuran poner como cosa ciertamente conocida algo que no está bien demostrado, y no quieren que el dominio científico se extienda sobre el campo de la observación de los sentidos y de la experiencia, esto puede, sin duda alguna, justificarse en cuanto se quiera dar á entender que el hombre racional siempre tiene que atenerse á la realidad. Pero al mismo tiempo este es un error lamentable y muy humillante para el hombre, en cuanto solamente pone como reales los fenómenos que pueden comprobarse con los sentidos. Sólo puede atribuirse á una feliz inconsecuencia que en medio de la atmósfera pestilente de esta doctrina pueda subsistir alguna ciencia, alguna moral, alguna conducta elevada en la vida.

En tercer lugar, si algunos discípulos de la naturaleza tratan de explicar mecánicamente todos los fenómenos naturales, sometiéndolos al cálculo matemático, tienen razón en cuanto en la naturaleza no hay cosa ninguna que suceda sin movimiento regulado en el espacio, y en este concepto cae bajo el dominio de la inteligencia calculadora. Pero yerran creyendo que por esta razón se ha de excluir de la consideración de la naturaleza ó del dominio de la realidad el momento de la teleología, del orden, de la regularidad, de la relación de dependencia de unas cosas respecto de otras. El ciego cantor de la *Iliada* compuso su poema con sílabas que pueden ser cantadas y medidas; pero estas sílabas encierran todo un mundo de conceptos elevados. Así la naturaleza nos muestra en la materia el elemento que puede ser contado y medido; pero en su seno se encierran multitud de formas é ideas con admirable armonía y gradación, que todo lo unen y que indican aquel Principio fundamental que crió todas las cosas como las había antes pensado.

Cuando, en cuarto lugar, otros ven por todas partes en la naturaleza fuerzas y leyes, expresan una verdad profunda, pues por doquiera está escrito: *Omnia in mensura et numero et pondere disposuisti*¹. Pero omiten que la fuerza y la ley están unidas en la substancia divisible y multiformemente dividida, la cual en su pluralidad, extensión y variedad, expresa con toda claridad la imperfección y la mutabilidad en este mundo real.

¹ Sap. 11, 21. (Véase el núm. 701.)

Finalmente, en quinto lugar, cuando muchos creen haber pronunciado la última palabra para explicar la naturaleza, reduciendo perentoriamente á átomos todas las cosas, indican un estado de división que se halla frecuentemente en la naturaleza, y una divisibilidad que puede comprobarse en todos los procesos químicos y en muchos físicos; con lo cual levantan una barrera insuperable contra las pretensiones de los monistas. Pero, por otra parte, no llegan á romper los vínculos de unión, ni á dar á la naturaleza una explicación que pueda ser obstáculo para que concibamos una idea más elevada del mundo.

749. Por el contrario, hemos podido notar que todos los sistemas, que se arremolinan en abigarrada confusión, contienen preciosas verdades que, sin que los mantenedores de esos sistemas lo adviertan, proceden de aquella filosofía que fué cultivada en las antiguas escuelas. Aquella antigua filosofía bajo cuyo dominio alcanzó tanto esplendor la cultura en la Europa cristiana, vió en el mundo algo más que un ejemplo de cálculo; ella ofreció al hombre, que anhelaba á cosas más altas, un conocimiento que excede los límites de la sensibilidad, una explicación del mundo que todo lo encierra en sí; y consiguió este resultado, no con vanos deseos ni con sentimientos ni alucinaciones, sino sin salirse un punto de la realidad; y pudo conseguirlo porque consideró como realidad, no sólo lo que cae bajo el dominio de los sentidos, sino todo lo que ilustra necesariamente á la razón. Sostiene la realidad de la materia movable y extensa, pero en ella reconoció la antigua filosofía, juntamente con el fundamento material, una escala de principios formales diferentes, en los cuales se refleja, como en millones de imágenes, el sol perpetuo, una inteligencia sobrehumana¹. Esta filosofía notó que la inteligencia humana sirve para expresar en sí la multitud de formas en una imagen del mundo². Desde este elevado punto de vista contempló todo el movimiento que commueve al mundo en todas las formas posibles, emanando de una sola fuente, de un principio creador; contempló todas las cosas en su impulso final, procediendo de un fin en otro hasta llegar á Dios, último fin de todas las cosas criadas. Este es el magnífico monismo de los filósofos de la antigüedad.

¹ Según la doctrina de los antiguos, el principio formal es «similitudo rei participata in rebus.» (S. THOM. I, dist. 8, q. 5, a. 2. ad 5.) En otro lugar nos dice el mismo Santo Doctor: «Deus imprimat toti nature principia propriorum actuum; et ideo per hunc modum Deus dicitur precipere toti nature. Et per hanc vim rationem omnes motus et actiones totius nature legi eterne subduntur.» (Summ. Theol., I, II, q. 93, a. 2.)

² «Anima hominis fit omnia quodammodo secundum sensum et intellectum, in quo cogitationem habentia ad Dei similitudinem quodammodo appropinquant, in quo omnia preexistentia.» (S. THOM. Summ. Theol., I, q. 80, a. 1.)

750. Parécenos como si la ciencia de la naturaleza nos hubieran reconquistado, en el aprecio que hace de la realidad, un bien que es el fundamento de la verdadera ciencia, y que habíamos perdido enteramente gracias á las tristes fantasías de la filosofía moderna. El hombre no puede satisfacerse con una existencia meramente animal, con un ideal animal, aunque las formas de la vida terrena sean por lo demás muy refinadas; quiere y debe elevarse sobre lo sensible; aquel ojo interior que se levanta sobre todos los fenómenos sensibles del mundo, y contempla la razón invariable de un superior orden de vida moral, no puede ser arrancado, porque es la esencia de su alma; aquel juicio íntimo que con ardiente entusiasmo aprueba el bien moral y rechaza el mal, no puede extinguirse, porque es la voz de su propia naturaleza.

Si bien es cierto que aún hoy el núcleo de los amigos de la cultura moderna, semejante á un cometa, se aparta cada vez más á través de las profundidades morales, yendo hacia el lugar á donde le han conducido los errores intelectuales de la época anterior, es asimismo innegable que los mejores y los más sabios entre ellos comienzan á volver á aquel punto de vista sobresensible. Pues ¿á dónde ha de ir el hombre en remontándose sobre el mundo de los fenómenos sensibles? ¿Dónde hallará el reposo deseado de la parte más noble de su ser?

Aquí se presenta la moderna filosofía atrayendo al hombre con voz de sirena hacia sus «ideales», y prometiéndole con inconcebible osadía satisfacer todas las exigencias de su espíritu. Hasta hace poco su aspecto había seducido por completo á muchos, exceptuados algunos profesores y escritores, y había anunciado una tranquilidad semejante á la de los organismos faltos de vida; en el terreno de la vida real odiaba desde el tiempo de su corta dominación al verdadero Dios, y había establecido como fundamento el culto del poder que todo lo destruye, del Estado anticristiano. ¿Y ahora viene á ofrecer sus «ideales», como guía que conduce á una existencia superior?¹

¿Seguirá el impulso ideal de esta invitación y llegará segunda vez á los sueños y alucinaciones de la filosofía alemana? Esto creemos que lo ha remediado de antemano la ciencia de la natu-

¹ ¡E aquí una descripción de la conducta actual de esta filosofía, que nos ofrece el Profesor ZELTZER en las últimas palabras de su Historia de la Filosofía alemana. Refiriendo en frases eufemísticas el fiasco de la filosofía, dice este autor: «La cesación de la fecundidad filosófica que se nota después de la muerte de HEGEL, la paulatina desaparición de las escuelas más importantes, la diversidad é inseguridad de los esfuerzos filosóficos, todo esto muestra que se ha llegado á un punto en que es necesario mudar la dirección del pensamiento; y aunque el retroceso de la fecundidad filosófica corra parejas con el vario y fructuoso trabajo de las ciencias experimentales, y especialmente de las ciencias naturales, demostrase con esto claramente que la nueva filosofía debe estar con estas ciencias en más íntima relación que hasta ahora, que debe dirigir á sí misma sus resultados y experien-

raleza, pues siguiendo la corriente de los tiempos, ha suscitado y fomentado *un vivo sentido de la realidad*. De aquí que no se satisfaga el espíritu humano, ni aun cuando se eleva sobre la experiencia sensible, con ilusiones fantásticas, ni con entusiasmos infundados. Aun para aquello en que el hombre se aventaja á los animales, especialmente respecto á las cosas espirituales, morales y religiosas, necesita *realidades, hechos ciertos*. De esta suerte estaría el hombre dispuesto á fijar su mirada reflexiva en los fundamentos *reales* del mundo *real*, los cuales ponen de manifiesto el origen y el fin del mundo en general, y del hombre más especialmente; á considerar el ideal luminoso que, partiendo de la realidad del mundo suprasensible, da alta significación á las cosas de este mundo terreno. Y aunque le parezca que estas verdades, que son para él más importantes que cualesquiera otras, no brillan en el espíritu con aquella claridad con que él quisiera verlas, no será tan necio que pierda en su corazón, imitando á los más ilustres filósofos paganos, la esperanza de ser favorecido con un auxilio exterior y sobrenatural con que pueda llegar al conocimiento de las verdades eternas. ¡Cuán bellas esperanzas podrían concebirse si se procediera por parte de la ciencia sinceramente, sin pasión ni preocupaciones! Pero aquí deben ayudar otros factores; bien que en definitiva sólo está el auxilio en Aquel en cuya aparición el cielo anunció la paz á los hombres.

Terminamos uniendo nuestro deseo al que hace algún tiempo fué manifestado por un pleclaro sabio católico: que se cumpla muy pronto lo que Leibniz predijo á su siglo: "Llegará un día en que el hombre, conociéndose á sí mismo, reconozca el valor de una santa filosofía, y dé á los estudios matemáticos una dirección en parte fundada en la mayor severidad de un juicio mejor dirigido, en parte en el conocimiento del prototipo de belleza; en que las nuevas investigaciones naturales sirvan á la glorificación del Criador de la naturaleza que en el mundo visible nos muestra la imagen del ideal; en que finalmente todos los estudios se ordenen y dirijan á la consecución de la bienaventuranza.,,

cias y completar su idealismo, demasiado exclusivo hasta ahora, con un sano realismo. Desde el segundo tercio de este siglo ha entrado la vida toda de nuestro pueblo en una nueva fase, en la cual los trabajos políticos y sociales han llegado á tal extensión, han tratado tales objetos y han logrado tales resultados, como no era posible haberlo imaginado. Pero como en este punto todo depende de que Alemania no se olvide de las consecuencias extrínsecas, de sus condiciones espirituales y morales, ni de los nuevos objetos de los ideales que hasta ahora ha tenido, el porvenir de la filosofía alemana depende en primer lugar del grado en que alcance tener abiertos los ojos para contemplar la naturaleza real y profunda, y la dependencia de las cosas, los elementos objetivos y subjetivos de las representaciones, las causas naturales y los fundamentos ideales de los fenómenos.



CONCLUSIÓN—APÉNDICE

Sobre el método escolástico

751. Dase frecuentemente el nombre de Escolástica á aquel esfuerzo de la Teología cristiana que tiende á penetrar especulativamente la verdad que se ofrece mediante la revelación; á hallar acerca de ella por medio de la reflexión conclusiones cada vez más perfectas; á mostrar científicamente la íntima conexión de las doctrinas de la fe entre sí, para esclarecerlas más y más, y á mostrar las verdades, ocultas con frecuencia, que en sí contienen. En este sentido se habla ordinariamente de la Teología escolástica en contraposición á la positiva. Y se da el nombre de Filosofía escolástica á aquella ciencia que se eleva sobre los fenómenos sensibles para llegar con el pensamiento y el juicio á la posesión de una realidad suprasensible. En este sentido hemos hablado anteriormente de una Filosofía peripatético-escolástica de la naturaleza. Especialmente se llama "sistema escolástico", en cada cosa individual al dualismo de la materia y la forma.

Hemos hablado con tanta frecuencia de la Escolástica, que no desagradará á algunos de nuestros lectores que espliquemos algún tanto esta palabra tomada en su tercera significación, según la cual denota propiamente el método de enseñar y de aprender que era común usar en las escuelas superiores en tiempos pasados. Aun en este sentido es la palabra "Escolástica", objeto del mayor desprecio. La circunstancia de hallarse el método de enseñanza escolástica en íntima relación con la Filosofía natural escolástica, y de necesitar esta Filosofía ser ampliamente ilustrada